

Jue
25 Dic

Homilía de Natividad del Señor

Año litúrgico 2025 - 2026 - (Ciclo A)

“El Verbo se hace carne y acampa entre nosotros”

Introducción

Isaías anuncia una noticia que trastoca la historia: Dios vuelve a su pueblo para consolar, liberar y manifestar su salvación. No es un rumor piadoso, sino una intervención real. La Navidad expresa precisamente esto: Dios no permanece distante; desciende, se acerca y entra en la vida humana. El retorno proclamado por el profeta se realiza en el Niño de Belén, humilde y frágil. Ese nacimiento no es improvisado: brota de un designio eterno, por el cual Dios ha querido encarnarse para que ninguna noche humana quede fuera de su luz.

El salmo muestra la única respuesta posible ante esta irrupción divina: la creación entera canta. Mares, ríos y montes proclaman la fidelidad del Señor. La Navidad no es un gesto sentimental, sino un acontecimiento cósmico, que provoca temor y temblor. El amor del Niño coincide con la fuerza que sostiene océanos y estrellas. El Creador habita su obra de un modo nuevo, y por eso la creación se llena de alegría.

La carta a los Hebreos recoge la historia de la revelación y la conduce a su cima: "Dios habló muchas veces... pero ahora nos ha hablado por el Hijo". El Hijo es resplandor de la gloria del Padre, imagen perfecta y heredero universal. La Navidad proclama esta verdad: Dios no envía solo palabras; se entrega en persona. La Palabra eterna se hace carne en María para elevarnos y hacernos hijos en el Hijo.

El prólogo de san Juan revela el misterio desde la eternidad: el Verbo de Dios se hace carne y acampa entre nosotros. La luz vence a la noche, la gloria se hace visible, la gracia toma rostro humano. La Navidad no narra solo un nacimiento: revela un amor singular que se acerca para divinizar lo humano.



Fr. Bernardo Sastre Zamora O.P.
Convento de San Esteban (Salamanca)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 52, 7-10

¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que proclama la paz, que anuncia la buena noticia, que predica la justicia, que dice a Sión: «¡Tu Dios reina!». Escucha: tus vigías gritan, cantan a coro, porque ven cara a cara al Señor, que vuelve a Sión. Romped a cantar a coro, ruinas de Jerusalén, porque el Señor ha consolado a su pueblo, ha rescatado a Jerusalén. Ha descubierto el Señor su santo brazo a los ojos de todas las naciones, y verán los confines de la tierra la salvación de nuestro Dios.

Salmo

Salmo 97, 1bcde. 2-3ab. 3cd-4. 5-6 R/. Los confines de la tierra han contemplado la salvación de nuestro Dios

Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas. Su diestra le ha dado la victoria, su santo brazo. R/. El Señor da a conocer su salvación, revela a las naciones su justicia. Se acordó de su misericordia y su fidelidad en favor de la casa de Israel. R/. Los confines de la tierra han contemplado la salvación de nuestro Dios. Aclama al Señor, tierra entera; gritad, vitoread, tocad. R/. Tañed la cítara para el Señor, suenen los instrumentos: con clarines y al son de trompetas, aclamad al Rey y Señor. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta a los Hebreos 1, 1-6

En muchas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a los padres por los profetas. En esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha realizado los siglos. Él es reflejo de su gloria, impronta de su ser. Él sostiene el universo con su palabra poderosa. Y, habiendo realizado la purificación de los pecados, está sentado a la derecha de la Majestad en las alturas; tanto más encumbrado sobre los ángeles, cuanto más sublime es el nombre que ha heredado. Pues, ¿a qué ángel dijo jamás: «Hijo mío eres tú, yo te he engendrado hoy»; y en otro lugar: «Yo seré para él un padre, y él será para mí un hijo»? Asimismo, cuando introduce en el mundo al primogénito, dice: «Adórenlo todos los ángeles de Dios».

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 1, 1-18

En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio junto a Dios. Por medio de él se hizo todo, y sin él no se hizo nada de cuanto se ha hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no lo recibió. Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: éste venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por medio de él. No era él la luz, sino el que daba testimonio de la luz. El Verbo era la luz verdadera, que alumbría a todo hombre, viniendo al mundo. En el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de él, y el mundo no lo conoció. Vino a su casa, y los suyos no lo recibieron. Pero a cuantos lo recibieron, les dio poder de ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre. Estos no han nacido de sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de varón, sino que han nacido de Dios. Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. Juan da testimonio de él y grita diciendo: «Este es de quien dije: el que viene detrás de mí se ha puesto delante de mí, porque existía antes que yo». Pues de su plenitud todos hemos recibido, gracia tras gracia. Porque la ley se dio por medio de Moisés, la gracia y la verdad nos ha llegado por medio de Jesucristo. A Dios nadie lo ha visto jamás: Dios Unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer.

Pautas para la homilía

Hoy celebramos un hecho central de nuestra fe: Dios nos ha visitado. La Encarnación no es un adorno espiritual ni una metáfora consoladora: es la afirmación real de que el Dios eterno ha entrado en la historia, ha tomado carne humana y ha querido vivir entre nosotros. Las cuatro lecturas de esta solemnidad son los cuatro pilares que sostienen este misterio inmenso.

"El Señor ha consolado a su pueblo, ha rescatado a Jerusalén"

Dios regresa. Isaías nos ilumina con una fuerza poética impresionante: un mensajero corre por los montes, incapaz casi de contener la noticia. ¿Qué anuncia? Que Dios vuelve a su pueblo, con los suyos. Dios nos consuela, interviene, nos libera. No es un rumor ilusorio ni una esperanza vacía: es un anuncio eficaz: "Los confines de la tierra han contemplado la salvación de nuestro Dios".

La Navidad es exactamente eso: Dios no se queda lejos. Se abaja, se acerca, entra de lleno en nuestra historia y se compromete con cada vida humana. El retorno anunciado por Isaías se cumple en el Niño de Belén: la alegría explosiva del profeta se adelanta a la sencillez del santo bebé de Belén, la Palabra eterna transformada en carne y hueso. El maestro Eckhart lo expresaba con audacia mística: "no celebramos un nacimiento antiguo, sino el nacimiento de Dios en el alma ahora". Esa es la clave. El nacimiento de Dios —en Belén y en el interior de cada creyente— no es un accidente histórico ni un gesto improvisado: brota de una decisión eterna, un designio atemporal del amor divino que ha sido predisuelto desde siempre.

Ya desde la eternidad, Dios ha decretado hacerse verdadero ser humano. En su sabiduría infinita, Dios quiso acercarse hasta lo más hondo de nuestra condición, asumir la fragilidad que nos define y entrar en el territorio donde habitan nuestras sombras. Ninguna noche humana queda fuera del alcance de su luz, de su mirada de misericordia, porque el Verbo hecho carne ilumina y salva cada rincón de lo humano.

"Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas"

El salmo 97 muestra la única respuesta posible cuando Dios actúa: la creación canta la gloria de Dios. Mares, ríos y montes proclaman con alegría que Dios reina con fidelidad y justicia. La Navidad no es un episodio local ni un gesto sentimental: es un acontecimiento cósmico, que provoca —como suscribiría Kierkegaard— temor y temblor. El amor del Niño Dios coincide con la fuerza que «sostiene» los mares y océanos, la fuerza que "mueve" los astros del firmamento. El Creador está presente en su obra creada de un nuevo modo, totalmente único, y esta buena nueva es motivo de gozo, paz y solaz.

"Adórenlo todos los ángeles de Dios"

La carta a los Hebreos compendia toda la historia de la salvación: "Dios habló muchas veces y de muchas maneras... pero últimamente nos ha hablado por el Hijo". Como proclama san Atanasio de Alejandría en su tratado De Incarnatione: "El Hijo de Dios se hizo hombre para que nosotros llegáramos a ser Dios". He aquí el corazón del mensaje: Dios habla por el Hijo, y el Hijo es Dios. Y ese Hijo es "resplandor de la gloria" e "imagen perfecta del ser del Padre". No se trata de un mensajero más: es Dios mismo. El heredero universal. La piedra angular de todo cuanto existe.

El misterio de la Navidad proclama de forma silenciosa esta verdad: Dios no nos envía solo palabras o mensajes de ánimo; se nos entrega en persona. La Palabra eterna que creó los cielos se convierte en criatura en el seno de María. Gracias al sí de la Virgen de Nazaret. "Santo Tomás lo resume con sobria precisión: el Hijo de Dios asumió nuestra naturaleza para elevarla y hacernos hijos adoptivos del Padre". Somos hijos en el Hijo.

"En el principio existía el Verbo... y el Verbo era Dios"

El Prólogo de san Juan es la cima: "En el principio existía el Verbo... y el Verbo era Dios". El abismo del amor eterno entra en los límites de la historia. El Evangelio según san Juan no comienza por el episodio de Belén, sino por el descenso de Cristo desde la eternidad. Entonces contemplamos el milagro: la Luz verdadera se hace carne y "acampa entre nosotros". Instala su tienda junto a la nuestra. No solo nos visita: permanece con y por nosotros. Y para siempre.

De este acontecimiento singular brotan los elementos clave del portal de Belén:

- la luz que brilla en la noche
- la gloria visible
- la gracia y la verdad encarnadas
- la plenitud de vida hecha don: "todos hemos recibido: gracia sobre gracia"

La Navidad no describe solo un nacimiento: ante todo, revela que el Amor incondicional se ha concretado en un Niño indefenso, cercano. Dios se vuelve humano para que el hombre se haga divino. Este es el fundamento de nuestra divinización, y por tanto de nuestra humanización. La santidad es la meta, nuestra máxima felicidad: tanto en este mundo como en el mundo venidero.

Como el Verbo se ha hecho carne, la vida humana cambia por completo. Cada persona importa. Cada herida puede ser sanada. Cada historia tiene futuro. Dios entra en nuestro humus para llenarlo de esperanza. Celebrar la Navidad es dejar que esta luz toque nuestras sombras; permitir que el Niño sane nuestros traumas, serene nuestro corazón y avive nuestras esperanzas.

Celebrar la Natividad del Señor es acoger al Dios que "se vacía" para llenarse de humanidad, y a una humanidad que se vacía de narcisismo para llenarse nuevamente de Dios. En la Eucaristía este misterio alcanza su culmen: el Verbo hecho carne se nos da como Pan vivo bajado del cielo. El humilde Niño Jesús, nacido en un frío establo, recostado en un pobre pesebre —entre la mula y el buey— se convierte hoy en el portal universal hacia la vida eterna.

Pidamos a María Santísima, en cuyo seno el Verbo tomó carne, que nos enseñe a guardar este misterio en el corazón. Que el Niño de Belén haga renacer en nosotros la humildad de los pastores, la alegría de los ángeles y la fe obediente de José. La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros. Pidamos que el amor de la Santa Trinidad habite hoy en nuestro corazón.



Fr. Bernardo Sastre Zamora O.P.
Convento de San Esteban (Salamanca)

Evangelio para niños

Navidad - 25 de diciembre de 2025

La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros

Juan 1, 1-18

Evangelio

En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. La Palabra en el principio estaba junto a Dios. Por medio de la Palabra se hizo todo, y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho. En la Palabra había vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibió. Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: éste venía como testigo para dar testimonio de la luz, para que por él todos vinieran a la fe. No era él la luz, sino testigo de la luz. La Palabra era la luz verdadera, que alumbría a todo hombre. Al mundo vino y en el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa. Y los suyos no la recibieron. Pero a cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre. Estos no han nacido de sangre, ni de amor carnal, ni de amor humano, sino de Dios. Y la Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad.....

Explicación

Por medio de Jesús, Dios no ha hablado de un modo especial, y por eso decimos que Jesús es la mejor Palabra de Dios. Esa palabra se hizo humanidad en el niño nacido de María de Nazaret. Unos le acogieron y otros le rechazaron. Y a cuantos le recibieron les ha descubierto que son hijos amados de Dios y que tienen un Padre estupendo. Quienes rechazaron a Jesús, no lo podrán saber, pero con todo, también ellos son hijos queridos de Dios. Lo cierto es que Dios vino a vivir con nosotros, a través de Jesús. Eso quiere decir que puso su tienda entre nosotros. Se hizo muy cercano. Cada año en la Navidad lo recordamos de modo especial y con alegría hacemos una fiesta grande.